

En este domingo nos postramos en adoración ante el Rey del Universo

Cristo Rey: Lectio de Juan 18,33-37

P. Fidel Oñoro cjm

El evangelio de Juan nos sumerge en esta realidad mediante un precioso camino que se traza a lo largo del diálogo entre Jesús y Pilato a la hora del juicio en el pretorio de este último en Jerusalén.

El pasaje coloca cara a cara a dos reyes.

Por una parte, Pilato, quien representa al emperador romano, es el hombre que detenta en Judea el máximo poder y es el único que puede aplicar la pena de muerte. Es tan grande su poder que tiene derecho sobre la vida y sobre la muerte.

Por otra parte, Jesús, quien llega allí atado como si fuera un malhechor y quien se presenta a sí mismo como un Rey, pero de un tipo muy distinto al de Pilato.

Es verdad que Jesús aparece sometido a la autoridad de Pilato (“¿Tengo poder para soltarte y poder para crucificarte?”; 19,10), pero, como se concluirá al final de los interrogatorios, este poder no es decisivo (“No tendrías sobre mí ningún poder, si no se te hubiera dado de arriba”; 19,11).

La confrontación entre Pilato y Jesús es extensa, como puede verse en el relato de la Pasión. Vamos a detenernos, como lo delimita el texto litúrgico, solamente en uno de los interrogatorios (18,33-37), el primero de dos.

Este se desarrolla a partir de tres preguntas que formula Pilatos a Jesús:

- “¿Eres tú el Rey de los judíos?” (18,33)
- “¿Qué has hecho?” (18,35)
- “¿Luego, tú eres Rey?” (18,37).

Las tres preguntas permiten que se vaya escuchando pausadamente una enseñanza de Jesús con respecto a su propia identidad.

Las tres preguntas y respuestas, además, están concatenadas.

Observemos bien: la pregunta inicial coloca en primer plano el tema principal la presunta identidad de Jesús como “rey”, tomando como base las acusaciones recibidas. Pilato no pierde tiempo y va al grano: “¿Eres tú el Rey de los judíos?” (18,33). Y Jesús responde de forma indirecta: “¿Dices eso por tu cuenta, o es que otros te lo han dicho de mí?” (18,34).

Una vez que Jesús asume que es rey, explica de qué tipo lo es. Pilato pregunta “¿Qué has hecho?” (18,35). Jesús es indagado sobre el “hacer”, de su misión. Responde:

“Mi Reino no es de este mundo. Si mi Reino fuese de este mundo, mi gente habría combatido para que no fuese entregado a los judíos:

pero mi Reino no es de aquí” (18,36).

Notemos en la tercera pregunta cómo Pilato ya no le pregunta si sea “Rey de los judíos”, sino simplemente “Rey” (18,37).

La cumbre de este diálogo está en la respuesta a esta tercera pregunta. Jesús dice:

“Sí, como dices, soy Rey.

Yo para esto he nacido y para esto he venido al mundo:

para dar testimonio de la verdad. Todo el que es de la verdad, escucha mi voz” (18,37).

Profundicemos ahora con cuidado cada uno de estos tres pasos.

1. La primera pregunta-respuesta (18,33-34)

Lo primero a lo que hay que poner atención es al significado del título que se atribuye.

Detrás de la pregunta “¿Eres tú el Rey de los judíos?” (18,33) hay varias posibilidades de interpretación. Al menos hay tres.

Para este gobernante romano, representante del poder imperial, la expresión tiene una connotación particular que se ajusta a su mentalidad. Para él tenía un valor eminentemente político, esto es, alguien que buscaría la entronización para regir

los destinos de Israel como nación y esto en evidente desconexión con respecto al imperio que los tenía avasallados.

Por tanto, para Pilato se trata de alguien que desestabilizaba el orden de la llamada "Pax Romana". La paz a la romana era la calma que venía del sometimiento a su bota militar.

Pero, atención, la pregunta "¿Eres tú el Rey de los judíos?", además de la manera como Pilato la podía entender, tenía otras dos posibilidades de comprensión.

Para los judíos, "Rey" era el título que se le daba al Mesías esperado desde la época de David para el tiempo de la salvación, investido con una misión con alcance tanto religioso como político-nacional.

En este caso el título "Rey" tiene un significado terrenal e histórico, en el que cabe, gracias a la experiencia religiosa de Israel, un profundo contenido teológico.

Estos dos significados se van a correlacionar en la acusación contra Jesús en el proceso judicial que lo lleva a la muerte.

Sin embargo, y aquí viene un tercer nivel de comprensión, en boca de Jesús el término "Rey" tiene otro significado. Esto es lo que subraya el evangelista Juan.

Ya lo vamos a ver.

Entre tanto, lo segundo que hay que notar es la manera como Jesús responde. Jesús responde con otra pregunta, cuestionando a Pilato sobre su manera de proceder en la indagatoria.

Pilato, como un juez que se respete, debería estar seguro de si lo que se imputa proviene de su propio conocimiento o si está repitiendo sin más lo que otros sostienen, asumiéndolo de buenas a primeras como veraz, pero sin haberlo verificado.

Es interesante lo que Jesús hace: el acusado interpela la conciencia del acusador. Un juez tiene la responsabilidad de verificar, en primer lugar y con exactitud, las acusaciones.

De esta manera, Jesús abre la posibilidad de que se ponga en cuestión la autoridad de su juez.

2. La segunda pregunta-respuesta (18,35-36)

La segunda pregunta está precedida por la reacción de Pilato “¿Es que soy judío?”, 19,35; y es claro que no.

Pilato demuestra que tiene conciencia de cuál es su deber, que no es responsable de las valoraciones de los otros, y le lanza a Jesús la pregunta que debía haberle hecho desde el principio, para mostrar que no estaba haciendo un juicio sumario, que no estaba sacando conclusiones sin verificar las evidencias.

Para emitir sentencia hay que dejar que el acusado haga su propia declaración. Por eso le indaga: “¿Qué has hecho?”.

Jesús no le da a Pilato la lista de todas las actividades de su ministerio público, sino que le presenta globalmente su obra. En su respuesta repite tres veces “Mi Reino no es de este mundo” (18,36).

Trata de decirle que su reino no tiene nada que ver con territorios ni con ejércitos ni con hacienda pública ni con nada de lo que caracteriza al imperio o cualquier otro tipo de reino terreno conocido.

La prueba es que sus discípulos no han combatido para evitar la captura, oponiendo violencia a la violencia. Y cuando pensaron hacerlo en el Getsemaní, Jesús los contuvo.

Cuando dice “mi Reino no es de este mundo”, Jesús admite que él es precisamente un rey, pero al mismo tiempo niega el contenido que Pilatos le atribuye.

La realeza de Jesús es de otra naturaleza, no encaja en el esquema político desde el cual piensa su interlocutor. Ni tampoco encaja del todo en la comprensión del Mesías que tenía una parte del pueblo hebreo.

Jesús se niega a identificarse con ese mesianismo de cuño patriótico, que está asociado con confrontación bélica, con el manejo poder o de grandes cantidades de recursos económicos que podrían financiar su proyecto.

Es lo que él mismo había descartado en su lucha contra Satanás en el relato de las tentaciones en el desierto, según Mateo y Lucas, cuando este le dijo: “Te daré todo este poder y la gloria de todos los reinos de la tierra” (Lc 4,5-7), poniéndole como condición: “Te lo doy a condición de que me adores”. Hay algo de maléfico en esa manera de entender el poder de gobernar.

Es claro que Jesús desde el comienzo de su misión se negó radicalmente a fundar un reino terrenal. Él tomó distancia frente a esa posibilidad de gobierno. Si bien algunos estudiosos han llegado a postularlo, la concepción de Reino en Jesús no tiene nada que ver con una revuelta anti-romana.

De todas maneras, tampoco hay que irse al otro extremo. No quiere decir que Jesús sea un Mesías alejado del mundo, como si lo suyo fuera meramente espiritual o intimista, es decir, como algo interior, pero sin repercusión en las estructuras de este mundo.

Cuando dice “Mi reino no es de este mundo” no está queriendo decir que haya una separación entre el mundo y el Reino de Dios, sino que su reinado no se basa, en lo más mínimo, en las formas de gestión que posicionan a los poderes de este mundo, ni siquiera está inspirado en ellos.

En otras palabras, Jesús no es rey a la manera de los gobernantes de la tierra.

Él tiene una soberanía, sí, y que acontece en este mundo, también; pero lo más importante es que se lleva a cabo de una manera diferente. La de Jesús tiene otra fuente y otro estilo.

Esto tiene una consecuencia para los seguidores de Jesús. Cualquier intento de reproducir esquemas de gobierno terrenal en su comunidad no está en la línea del Evangelio; tampoco lo suyo es reemplazar a los gobiernos. Eso no quiere decir que las instituciones tengan que desaparecer ni tampoco que no haya dimensión política de la fe. Claro que no, todo lo contrario, pero en cualquier caso hay un llamado a la Iglesia de ser una comunidad pobre, desarmada y con vocación de servicio.

Nuestra tarea es comprender el reinado de Jesús tal como es y vivirlo como él lo vivió. Entonces, ahora sí, ¿qué tiene de nuevo y de especial la realeza de Jesús?

3. La tercera pregunta-respuesta (18,37)

Jesús acaba de decir qué tipo de Rey no es. Esto provoca la pregunta siguiente de Pilato: “¿Luego tú eres Rey?”.

Jesús responde con tres afirmaciones:

(a) Primero confirma: “Soy Rey”.

(b) Luego explica la naturaleza de su reino: “Yo para esto he nacido y para esto he venido al mundo: para dar testimonio de la verdad”.

(c) Finalmente invita a acoger su reinado: “Todo el que es de la verdad, escucha mi voz”.

Subrayemos la segunda afirmación: “Yo para esto he nacido”. La razón de ser de su nacimiento y de su venida al mundo es el testimonio de la verdad, en esto consiste su obra como Rey.

¿Qué quiere decir Jesús?

Que no toda persona puede dar testimonio, sino solamente quien tienen un conocimiento, una experiencia directa (con sus ojos, sus oídos, su presencia misma, etc.) de aquello que declara.

Ahora bien, la “verdad” de la cual Jesús en capacidad de dar testimonio no es cualquier verdad, es la verdad sobre Dios.

Él lo puede hacer porque tiene acceso directo a Dios y con Él ha vivido desde la eternidad una íntima comunión (ver Juan 1,1-2). Por eso Jesús puede dar a conocer a Dios como nadie más lo puede hacer.

¿Y esto qué implica?

Pues si, como lo muestra constantemente la Biblia, el rey es el pastor de su pueblo, esto es, aquel cuya función es hacer posible la vida de su pueblo, de preocuparse para que las condiciones de vida de su pueblo sean las mejores posibles, entonces la obra de Jesús como “Rey”, quien da testimonio a favor de la verdad, consiste en abrirle a todas las personas de la tierra el camino hacia la plenitud de vida, más allá de toda humana posibilidad.

Jesús ejerce su reinado desde la Cruz, allí desde donde nos atrae definitivamente hacia la vida de Dios que Él conoció desde la eternidad y nos sumerge en la eterna comunión con el Padre y el Espíritu.

4. Este es mi Rey, mi verdadero Rey

Frente a un gobernante romano y en el día en que lo juzgan por ser rey, Jesús muestra dónde está la novedad de su reinado. Señala dos características que se oponen a la violencia y al engaño, la doble lógica de todo poder, los dos nombres del Enemigo del hombre.

La primera característica tiene que ver con el “cómo Reina”.

Jesús ha recordado que los reinos de este mundo se la pasan peleando entre sí. El poder tiene alma de guerra, se alimenta de la violencia.

Jesús nunca reclutó ejércitos, nunca entró en los palacios de los poderosos, excepto como prisionero.

Para un gobierno de este mundo, lo esencial es ganar. Jesús deja claro que en su reinado lo esencial es dar. No hay amor más grande que dar tu vida por tus seres queridos. El regalo y no el robo es el eje de la historia.

La segunda característica tiene que ver con el “para qué Reina”. Es el punto de llegada de este pasaje: “He venido para dar testimonio de la verdad”.

Ante todo, la verdad de Dios: el verdadero rostro de Dios es amor crucificado, amor desarmado, amor resucitado. Pero también da testimonio de la verdad del hombre: el verdadero rostro del hombre está hecho de libertad y fraternidad, es luminoso, visionario, amante.

Pues sí, Cristo es rey porque su misión es generadora de humanidad, porque nos hace ver más allá, porque jalona hacia el crecimiento haciendo avanzar lo humano, porque provoca una intensificación de la vida.

Al dar testimonio de la “verdad”, Jesús-Rey crucificado hace reales las palabras: “Yo he venido para tengan vida y la tengan en abundancia” (Juan 10,10).